

VIVAN CON CORAJE

*“Vivir en el corazón de Dios y del mundo
con gratitud, pasión y esperanza”*

1. Desde la realidad que nos circunda

1.1. PARÁBOLA: LA HIJA DEL POCERO

-Papá, quiero aprender a hacer pozos, le dijo.

-Es un oficio duro, a veces ingrato, le contestó él.

Pero ella era testaruda e insistió:

- ¡O me llevas contigo o me llevas contigo!.

Su papá, siempre tan bueno, tan atento y cariñoso, sólo le puso una condición.

- El próximo pozo que nos encarguen lo harás tú, desde el principio hasta el final; es mi única condición.

- ¡De acuerdo, papá!.

Era el mes de mayo. Al pocero más valioso del valle le habían encargado un pozo importante por el que le iban a pagar trescientas monedas. En el carro de mulas, cargaron un pico, una pala, una escalera y un valde. Era todo lo necesario.

Cuando aquella joven comenzó abrir el suelo, se encontró con una capa de tierra vegetal, fácil de excavar. Bailaba excavando. Hasta el primer metro de profundidad. Feliz terminó la jornada del primer día.

El segundo día, ella empezó cantando y orgullosa, pero enseguida se encontró con una capa de barro duro y apelmazado. Golpeaba y golpeaba y lo único que conseguía eran ampollas en sus manos limpias y tiernas.

- Papá, este sitio no es bueno, ¿por qué no buscamos otro?.

- ¡Sigue, hija, sigue!.

Ella siguió. No podía volverse atrás. Pero sus golpes empezaron a llenarse de rabia y agresividad. Apenas conseguía remover aquel barro que parecía argamasa fundida.

Así estuvo una semana entera. Desquiciada. Llorando. Y sólo encontraba en el bueno y duro de su papá la misma respuesta:

- Sigue, hija, sigue.

Cuando llegó al metro y medio de profundidad tuvo que poner la escalera para subir el barro que iba escarbando a golpe de grito y pico. Se dio cuenta que aquel barro solo ablandaba a base de lágrimas.

En su cansancio, maldijo su atrevimiento, su frescura irresponsable y pensó que su papá era un tirano.

Cuando llevaba dos metros y se encontró con las duras rocas, gritó un par de malas palabras y huyó tres días enteros a divertirse al pueblo más cercano con aquel joven que tanto le gustaba.

No le quedaba otro remedio que volver y allí se encontró a su papá, bajo la sombra de aquel árbol centenario y por saludo una sola palabra:

- ¡Ahonda, hija, ahonda!

Ya no tenía ni rabia ni palabrotas nuevas que inventar. Solo sentía desánimo y malestar. El malestar de los inconscientes, de los que no saben que el buen vino necesita años de reposo en barril de roble para ser bueno y sabroso.

Fue sacando una a una las piedras que encontró. Así estuvo un mes entero. ¡Parecía otra mujer!... como más grande... más hermosa y hecha... como aquellas yemas de árbol cuando están a punto de reventar y anuncian la primavera.

Allí hizo un repaso a su vida. A su historia. A sus amores y a sus desamores. A sus derroches y a sus huidas. A sus miedos, que también los tenía...

Una a una fue cerrando heridas, cancelando cuentas pendientes, abrochando vestidos hilvanados. Mentiría si no dijera que fue a golpe de soledad, de infinitas lágrimas tragadas y de no entender a aquel papá impasible que desde el brocal le preguntaba:

- ¿Cómo vas?.

Y ella decía:

- ¡Jodida, padre, jodida!.

Al avistar la capa de arena, a los cuatro metros, sintió una corriente de luz, como una descarga, y se dio cuenta que pronto brotaría el agua deseada. Y así fue. Empedrar el pozo fue más lindo. Hasta agradable.

Cuando terminó su trabajo, se encontró a su papá y su abrazo tierno, largo, sereno y aquella palabra sabia, amasada en siglos de experiencia:

- ¡No hay otra forma de aprender, hija!.

1.2. PARA IR MÁS ALLÁ

Comencemos por aclarar la expresión coraje. Tiene una dimensión muy positiva que impulsa y significa valor, esfuerzo, arrojo, ánimo, ímpetu. Pero también existe una dimensión de coraje que frena por irritación, ira, enojo, cólera, furia, rabia, berrinche, tranquilidad, desánimo.

Nosotros, vamos a reflexionar sobre el coraje como virtud humana, que se puede definir como "la fuerza de voluntad que puede poseer una persona para llevar adelante una acción a pesar de los impedimentos". El coraje es

la habilidad de sobreponerse a dichos impedimentos y perseverar probablemente con la acción que se pretendía realizar.

El coraje físico se opone al dolor físico, el trabajo pesado o la posibilidad de recibir lesiones o muerte. El coraje moral permite actuar correctamente a pesar de recibir por ello descrédito, vergüenza, deshonor o represalias sociales.

Otra forma de coraje podría ser el que se siente cuando una persona está molesta. A menudo muchas personas utilizan esta palabra para expresar un sentimiento oprimido. Por ejemplo, cuando ocurre algo que les desagrada sobremanera.

Lo que impide el “valor” o el “coraje”, en muchas ocasiones es el miedo. Solemos tener miedo a lo conocido, por las heridas que pueden repetirse, personas o reacciones que pueden destruirle, imposibilidad de responder adecuadamente. También existe miedo a lo desconocido por falta de control, desconfianza de sí mismo, herramientas o instrumentos que no maneja bien, quedar mal...

De las heridas surgen los miedos básicos y de cada miedo: A que me condenen, a que no me quieran, al fracaso, a que me igualen, que me vean como a los otros, al vacío, a sentirme sin nada, solo, a que me abandonen, a no estar en el grupo, al dolor, a la debilidad, a la ternura, a mostrar que no puedo, al conflicto...

Hemos de afrontar la vida con coraje, para no quedarnos en el fatalismo frente al negocio del miedo (por ejemplo con el tamiflu u otros medicamentos), o la resignación que lleva a compulsiones, asociadas a la personalidad.

Nos preguntamos...

- a) ¿A qué, a quién y por qué tengo miedo?
- b) ¿Qué amenazas (de mi contexto) me pueden venir o qué debilidades (de mi propia persona) me pueden destruir?
- c) ¿Qué me da coraje para seguir adelante?

2. Dejándonos iluminar

El miedo es un enemigo del coraje. En la experiencia bíblica lo que vence el miedo es la confianza que sabe esperar, luchar y discernir, la capacidad para reconocer la propia vulnerabilidad sin dejar que ésta condicione la acción. Por eso, nos encontramos con personas “sin poder” que creyendo en la vida, afrontando dificultades y lanzándose, acaban siendo instrumentos de transformación para otros y otras.

2.1. PALABRA DE DIOS

Coraje de los que no tienen poder: Arriesgarse para acoger el proyecto de vida que viene de Dios, a pesar de que seamos insignificantes y marginales

socialmente o de no tener energía propia. Dejar el miedo de “no poder”, y asumir el coraje de lo desconocido que da vida porque Dios es fiel y siempre está con nosotros (Enmanuel), para ser “siervo sufriente” del pueblo que se entrega para liberar a su pueblo (Is 41,14; Lc 1,30).

Coraje de quienes creen en la vida: Ante el fracaso de las propias fuerzas, hay que vivir con el coraje de volver a intentar, una y otra vez, lo que parece imposible e inútil. En lugar de encerrarse en los propios miedos o renunciar a salir de la comodidad pasiva, hemos de dar un paso adelante y correr para buscar vida y justicia. El acompañamiento del Resucitado deja el miedo, confirma en la opción realizada y viabiliza la esperanza cumplida. Jesús les infunde su aliento y los libera de la tristeza, la cobardía y los miedos que les paralizan. (Jn 6,20; 20,26; 21,12)

Coraje para afrontar las dificultades: No existe ningún factor externo tan poderoso, o dificultades personales o bloqueos institucionales o rechazo del mundo... que puedan vencer a quien tiene el coraje del amor recibido, compartido, celebrado y entregado, al estilo de Pablo, de nuestros fundadores y fundadoras y de profetas de este siglo y de siempre. Hay quien es capaz de superar el miedo al sufrimiento y la muerte martirial por el coraje que ha recibido del Espíritu del Resucitado, amado por el Padre y que ama a todos/as (Rm 8, 35-39).

Coraje para dejar la regresión y caminar hacia la vida: Arde el corazón de los discípulos que desahogan su frustración, releen su historia desde la Palabra del Resucitado, comparten lo que han recibido y lo que buscan, y caminan dejándose acompañar por desconocidos o amigos/as... pero al final, hay que buscar dentro de sí y de la comunidad el coraje que nos saque de la autorreferencialidad y nos lance a la misión contagiosa de la alegría del Evangelio. (Lc 24,13-35).

El relato de Emaús describe como ningún otro la transformación que se produce en los discípulos al acoger en su vida a Jesús resucitado. Caminaban “con aire entristecido” y, al escuchar sus palabras, “sienten arder su corazón”; se habían derrumbado al comprobar la muerte de Jesús, pero, al experimentarlo lleno de vida, descubren que sus esperanzas no eran exageradas, sino demasiado pequeñas y limitadas; se habían alejado del grupo de discípulos, frustrados por todo lo ocurrido, y ahora vuelven a Jerusalén a contar a todos “lo que les ha pasado en el camino”.

Coraje de sufrir para dar vida: Seguir a Jesús es asumir la *crucifixión* por el reino de Dios. No dejar de definirnos y tomar partido por miedo a las consecuencias dolorosas. Cargar con el peso del “antirreino” y tomar la cruz de cada día en comunión con Jesús y los crucificados de la tierra. Seguir a Jesús es *confiar* en el Padre de todos, invocar su nombre santo, pedir la venida de su reino y sembrar la esperanza de Jesús contra toda esperanza. (cfr. Jesús de Nazaret, Pagola). La fe, hoy, nos llama a continuar juntos con «el coraje de echar las redes con la fuerza de su palabra (cf. Lc 5,5)

2.2. PAPA FRANCISCO

Hoy también necesitamos coraje. El Papa Francisco nos descubre la naturaleza del mismo: esa capacidad de perseverar en las búsquedas que nos llevarán a evangelizar de manera distinta.

En su discurso ante la Alianza de Iglesias Evangélicas, el Santo Padre dijo que "tengo confianza en que el Espíritu Santo, que suscita en la Iglesia, con su poderoso aliento, el coraje de perseverar y también de buscar nuevos métodos de evangelización, marque el comienzo de una nueva etapa en las relaciones entre católicos y evangélicos". (Papa Francisco, 06 Nov. 14). Y exhortó a los jóvenes de Asís a "llevar el Evangelio a través del testimonio de nuestra vida". (Papa Francisco en Asís, 04 Oct. 13) a ejemplo de San Francisco que "hizo crecer la fe, renovó la Iglesia, y al mismo tiempo renovó la sociedad, la hizo más fraterna, pero siempre con el Evangelio". El Evangelio, señaló, "tiene dos destinos que están enlazados: el primero, suscitar la fe, y ésta es la evangelización; el segundo, transformar el mundo según el designio de Dios".

Comunicar el Evangelio con claridad y coraje, dice el Santo Padre, para "comunicar el mensaje del Evangelio y transmitir la fe dentro de la comunidad eclesial", sobre todo "en un mundo en el que la comunicación es una estrategia exitosa, la Iglesia (...) no es indiferente y ajena; al contrario, trata de usar con renovado compromiso creativo, pero también con sentido crítico y atento discernimiento, nuevos lenguajes y nuevas formas de comunicación". El Santo Padre concluyó poniendo de relieve que "son necesarios hombres y mujeres que hablen con sus vidas, que sepan comunicar el Evangelio con claridad y coraje, con la transparencia de las acciones, con la pasión gozosa de la caridad".

En medio de conflictos desgarradores... Para conseguir la paz, se necesita valor, mucho más que para hacer la guerra. Se necesita valor para decir sí al encuentro y no al enfrentamiento; sí al diálogo y no a la violencia; sí a la negociación y no a la hostilidad; sí al respeto de los pactos y no a las provocaciones; sí a la sinceridad y no a la doblez. Para todo esto se necesita valor, una gran fuerza de ánimo.

Para reconocer cómo Dios nos visita... Vistámonos nuevamente con las armas de la luz, de la libertad, del coraje del Evangelio para escrutar el horizonte, reconocer los signos de Dios y obedecerlos. Con opciones evangélicas atrevidas al estilo del humilde y del pequeño. (Escrutad)

Es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa (EG 263)

Nos preguntamos...

- a) El miedo de los discípulos de Jesús, encerrados, y el coraje de los misioneros/as y mártires ¿qué me está diciendo para mi vida?
- b) ¿Qué actitudes de coraje debemos tener para asumir nuestra condición de discípulos/as?

c) El coraje del amor es la fuerza del misionero/a ¿qué te hace superar las dificultades de la misión?

3. Propuestas para dar vida

Comencemos reflexionando estas frases y dar una primera respuesta personal:

- Ya he recibido lo que me sostiene
- No tengo mucho que perder
- Tengo todo que ganar

“¿Quién dijo miedo?”, gritan animosos los héroes de los cuentos... Y sin embargo, estamos muchas veces rodeados de miedos que nos encierran en nosotros mismos y nos bloquean en el encuentro con los demás. A veces tenemos miedo de presentarnos tal y como somos, de no gustar a los demás y ser rechazados o incomprendidos; en ocasiones nos fijamos demasiado en nuestra imagen superficial exterior, como si para ser aceptados tuviéramos que cumplir requisitos imposibles.

Esos miedos nos dificultan, en la vida fraterna del día a día, el vivir como hermanos. Nos tienen enganchados y no nos dejan dar pasos en el encuentro con el otro. A veces, son un reflejo de la falta de confianza en nosotros mismos y en los demás. Pero otras veces son cosa seria, honda: los miedos nos agarrotan, enredan y aíslan. Proviene de heridas profundas y, actuando desde ellos, herimos a otros. A veces no tenemos miedo: el miedo “nos tiene”.

Reconocerlo es un paso de verdad: podemos pasar por el miedo sin instalarnos en él; sabernos necesitados de ayuda y pedir que nos rescaten; agradecer a los que nos acompañan. El miedo implica soledad. Contra el miedo, confianza. La confianza implica relación, y sólo se aprende confiando: dando los pasos necesarios para conocernos y aceptarnos “miedosos”, querernos con nuestras grandezas y pobreza (narcisismo, perfeccionismo...) para acercarnos a los otros.

Dios cuenta con nuestro miedo; pero no nos deja en él: Jesús repite muchas veces “no tengáis miedo”. Podemos crecer en la confianza viviendo un proceso de relación con Dios, que nos conoce y nos ama tal y como somos, y pone en el camino de nuestra vida personas con quienes crear una fraternidad de hermanos, haciéndose presente Él en cada uno de sus rostros. (Carta de Asís, octubre 2014)

Ante esto, buscamos “valor o coraje”, una virtud urgente para los días actuales, como nos dice Pauline Tangiora, anciana maorí de Nueva Zelanda: “Necesitamos tener coraje para alzarnos en favor del derecho donde reina la injusticia. Sin coraje no se puede llegar a la cima de ninguna montaña; sin coraje nunca podrás llegar al fondo de tu alma. Para enfrentarte al sufrimiento, necesitas tener coraje; sólo con coraje puedes tender la mano al caído y levantarlo. Necesitamos coraje para engendrar hijos e hijas para este

mundo. Para encontrar el coraje necesario tenemos que unirnos al Creador. Es Él quien suscita en nosotros coraje en favor de la justicia”.

Hoy necesitamos coraje para denunciar los espejismos del sistema neoliberal, cuyas tesis han sido rigurosamente refutadas por los hechos; coraje para reconocer que no vamos al encuentro del calentamiento global sino que estamos ya dentro de él; coraje para mostrar los nexos causales entre los innegables eventos extremos, consecuencias de este calentamiento; coraje para revelar que Amazonia está buscando el equilibrio perdido, lo que puede implicar la eliminación de millares de especies y, si no tenemos cuidado, también de la nuestra; coraje para acusar la irresponsabilidad de quienes toman decisiones, que siguen todavía con el vano y peligroso objetivo de crecer y crecer, sacando de la Tierra bienes y servicios que ella ya no puede reponer y por eso hacen que se debilite día a día; coraje para reconocer que el rechazo a cambiar el paradigma de relación con la Tierra y el modo de producción puede llevarnos irrefrenablemente a un camino sin retorno comprometiendo de este modo nuestra civilización; coraje para hacer la opción por los pobres contra su pobreza y en favor de la vida y de la justicia, como lo hace don Paulo Evaristo Arns.

Necesitamos coraje para sostener que la civilización occidental está en declive fatal, sin capacidad de ofrecer una alternativa al proceso de mundialización; coraje para reconocer la ilusión de las estrategias del Vaticano para recuperar la visibilidad perdida de la Iglesia y las falacias de las iglesias mediáticas que rebajan el mensaje de Jesús a un sedativo barato para alienar las conciencias de la realidad de los pobres, en un proceso vergonzoso de infantilización de los fieles; coraje para anunciar que una humanidad que llegó a percibir a Dios en el universo, portadora de conciencia y de responsabilidad, puede todavía rescatar la vitalidad de la Madre Tierra y salvar nuestro ensayo civilizatorio; coraje para afirmar que, quitando y sumando todo, la vida tiene más futuro que la muerte y que un pequeño rayo de luz es más potente que todas las tinieblas de una noche oscura.

Para anunciar y denunciar todo esto, como hacía el cardenal Arns y la indígena maorí Pauline Tangiori, necesitamos coraje, mucho coraje.

Podemos meditar, leer, cantar... esta oración de **Teresa de Jesús**, mujer de coraje:

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
sólo Dios basta.

Nos preguntamos...

- a) Hacer memoria de las personas que nos han mostrado su coraje en la vida y misión ¿qué hemos aprendido?
- b) ¿Qué pasos personales, comunitarios, eclesiales y sociales necesitamos dar para vivir con coraje evangélico nuestra consagración?
- c) ¿Qué te dicen las palabras de Jesús: “nadie me quita la vida, sino que yo la doy de mi propia voluntad” (Jn 10,18)?

Lola Mora
Jesús García

20 abril 2015